

Noel se interrumpía en su confesión; su demacrada mano se dirigía á él, y oía una voz que decía:

—Ese, ese es el culpable.

—¡Decididamente—dijo Daniel casi en alta voz, —yo estoy malo! ¡No puedo permanecer aquí!

Salió de la escribanía y dió vacilando algunos pasos entre la muchedumbre. Parecía que estaba ebrio. Al fin consiguió pasar por entre aquella masa, y aligeró el paso sin volver siquiera la cabeza. Le parecía sentir en la nuca el ruido de las tijeras y el contacto de la ruda mano del verdugo.

Vovió á pie á su casa sin darse cuenta del camino que seguía; subió á sus habitaciones; colgó instintivamente en la puerta de su gabinete la cadenita de seguridad, y se echó medio vestido en su cama, oyendo aún el ensordecedor ruido de la muchedumbre y viendo amenazador y terrible el pálido rostro del acusado, saliendo con la garganta desnuda de una camisa á la que el verdugo acababa de cortar el cuello.

V.

Santiaguito.

Pascual Arthet sabía, como todo el mundo, que Noel sólo podía esperar su salvación de la gracia de indulto.

—¡Será ejecutado!—pensaba el doctor.—¡Será ejecutado! ¿Y su hijo?....

La salud de Santiaguito le inspiraba también serios cuidados. Aquella naturaleza débil y nerviosa experimentaba hacía días crisis raras, como si su inteligencia ayudada por la enfermedad, comprendiese ó se imaginase los tormentos que sufría su padre.

—Raro fenómeno magnético—se decía el doctor.—Este pobrecito no sabe nada y lo adivina todo.

Él sentía también su corazón traspasado de dolor.

—¡Qué cosa tan lúgubre es la vida!—pensaba.—¡Ver que los mejores, los más puros, caen manchados de esa manera! ¡Es para desesperar de todo!

La misma tarde que Arthet supo que no se había concedido la gracia de indulto y que no había por tanto esperanza alguna, recibió una visita inesperada.

La del confesor de Noel, que iba, según decía, á hablarle en nombre del reo.

—¿En nombre de Noel?

—Sí, señor doctor.

Pascual se sintió súbitamente impresionado. Mandó á su criado que fuera á pasear con Santiaguito, que estaba muy pálido, y cuyos ojos inquietos y brillantes se fijaban con pertinacia en los negros hábitos del sacerdote.

—¿Por qué queréis alejarme, señor Arthet?—preguntó el niño.

—Por nada. Porque deseo estar solo con el señor cura y tú tienes necesidad de aire. Ya sabes que te sienta muy bien salir.

El niño salió, pero triste, con los labios agitados por una especie de temblor convulsivo, como adivinando que aquel sacerdote iba allí á hablar de Noel.

—¡Pobre padre mío!—pensaba el pobre niño.

Pascual quería, en efecto, evitar que Santiago oyese hablar de su padre.

Comprendía que en aquel infantil cerebro pasaba algo trágico.

—Me asusta el estado de este niño—dijo el doctor al sacerdote.—Si creyese en la doble vista, le tendría por un prodigioso ejemplo de ella. Pero vos venís de parte de su padre—añadió en seguida.—¿Qué os ha dicho Noel? ¿Qué me quiere?

—Me ha encargado que os entregue una carta cerrada que yo mismo he sellado á su presencia accediendo á sus ruegos.

—¿Una carta?

—Sí, ésta—dijo el sacerdote sacando del bolsillo de su sotana una carta sellada con lacre negro.

Arthet cogió la carta y miró las palabras que Noel había trazado con lápiz para que sirvieran de dirección: «A Mr. Pascual Arthet, para entregar á mi hijo Santiago cuando cumpla veinte años.»

—¿Qué significa esto?—preguntó el doctor después de haber leído.

—Eso significa, señor doctor, que Noel quiere hacer á su hijo alguna recomendación póstuma.

—¿Alguna revelación tal vez!

—No lo sé. Rambert me ha hecho jurar que os entregaría esta carta sin tratar de averiguar su contenido. Así lo he hecho, y ahora sólo me falta dirigiros un ruego en su nombre.

—¿Un ruego?

—Un ruego ó una orden.

—¿Y es?.....

—Que me déis palabra de honor de no abrir esa carta hasta que Santiago Rambert cumpla veinte años, aunque os halléis en caso de muerte ó aunque quisieran obligaros á ello.

Pascual muy emocionado, pálido, presa de inexplicable inquietud, tenía entre sus dedos temblorosos la fúnebre carta y dudaba si dar su palabra, porque, sin saber por qué, le parecía que en ella se encerraba el secreto de Rambert, la explicación de aquella caída, de aquella infamia.

—¿Conque Noel—balbuceó—me pide mi palabra de honor?

—Él sabe que nunca habéis faltado á una promesa ni á un juramento, y os ruega que me juréis ó me prometáis que será respetada su última voluntad.

—¿Su última voluntad? ¿Pues cuándo se ha de cumplir su sentencia?..... ¿Acaso pronto?..... ¿Mañana tal vez?

—No lo sé; pero he prometido hacer lo que me ha pedido Rambert, y por tanto os ruego que me déis vuestra palabra de honor de que esperaréis á que el niño cumpla veinte años para abrir esa carta.

—¡Pero, señor cura!—exclamó Pascual.—¿Y si esta carta contiene la prueba de la inocencia de Rambert?

—¿Su inocencia? Él se ha declarado culpable. Más fácil me parece que sea la confesión de su crimen; á su hijo es á quien debe pedir el infeliz la absolución, porque por él habrá asesinado.....

—¿Lo creéis así?

—¡Pero!.....—dijo el sacerdote.

Pascual repitió la pregunta con cierta solemnidad.

—He jurado ante Dios que no trataría de averiguar nada. Suplícoos, en nombre de Rambert, que me deis vuestra palabra de honor de hacer lo mismo.

—Pues bien, sea—dijo Arthet con un movimiento nervioso.—Os doy mi palabra de honor.

—Está bien. Así se lo diré al acusado. Y ahora, señor doctor, tengo el honor de saludaros.

Y apoyó sobre la palabra *honor* con una especie de atención respetuosa.

Arthet le acompañó hasta la puerta exterior, y allí le dijo con singular emoción:

—Señor cura, me atormenta una duda espantosa. Me parece que Rambert no es culpable.

—La misericordia de Dios es infinita—respon-

dió el sacerdote.—Tiene su perdón para los culpables y su gloria para los mártires.

El cura se encontró en la escalera con Santiaguito que subía y que le miró atentamente sin decir palabra. Pero una vez arriba, preguntó á Arthet:

—¿Verdad que los sacerdotes vienen á las casas cuando alguno está en peligro de muerte?

—¿Por qué me preguntas eso?

—Porque..... porque me parece así como si papá fuese á morir..... á morir.....

Y su pensamiento se detuvo vacilante en esa idea confusa que escapa á la penetración de los niños, que no los conmueve ó que los hace reír: la muerte.

Arthet trató de sacudir el repentino estado de postración en que caía el niño como arrastrado al fondo de una sima por el excesivo peso de su extraña preocupación.

—¡Santiaguito! ¡Santiaguito!—le dijo.

El niño parecía salir de un sueño.

—¿En qué piensas?

—En papá.

Cada una de aquellas respuestas le hacía á Arthet el efecto de una puñalada.

Pascual había deslizado en el fondo de un cajón

la carta que le acababa de entregar el sacerdote; pero por más que lo había hecho con rapidez, no pudo evitar que el niño se fijase en aquel lacre negro que recordaba las esquelas de defunción.

Arthet pasó el día que debía preceder al de la ejecución, vagando, buscando sin saber qué, andando sin saber adónde. A la caída de la tarde estaba cansado, aniquilado. Se hallaba en el puente de Austerlitz.

Caía el crepúsculo. El Sena corría bajo sus piés con tintas lívidas. París parecía una inmensa mole de casas y de árboles.

—¡Ese es París!—pensaba Arthet.—¡París, que no se ocupa de sus miserias, de sus vergüenzas ni de sus crímenes! ¡París, que baila y ríe; París, que ama y olvida; París, que canta; París, que goza; París, que va á iluminarse con millones de luces, á abrir sus teatros, sus bailes, sus garitos y sus antros de placer!..... ¡París, que no sabe que la pobreza le siega, que la muerte le diezma, que hay en él quien tiene hambre y quien tiene sed, quien está enfermo, abatido, quien se asfixia, quien muere!

Aquella villa inmensa, aquel montón de hombres y de cosas le daba miedo.

—¡Qué de egoísmos allí!—continuaba.—¡Qué

de cobardías, qué de infamias, qué de degradaciones, de apostasías y de vicios!

Se había hecho completamente de noche y aún continuaba allí, sumido en sus meditaciones.

La llegada de una mujer que muda y con las manos apoyadas en el parapeto de piedra se puso á mirar como él la corriente, le sacó de sus reflexiones.

Miró á aquella mujer y vió que era joven y había debido ser, ó era aún hermosa, por más que su rostro alargado, sus ojos hundidos y su piel pálida la daban un aspecto enfermizo. Le parecía á Pascual haber visto aquella cara en otra parte. Un farol de gas proyectaba su claridad sobre el pálido rostro de aquella mujer, que miraba correr el agua como con deseos de arrojarse en ella.

Al observar que Arthet la miraba, levantó á su vez la cabeza, miró al doctor, y estremeciéndose retrocedió bruscamente.

—¡Vos, Sr. Arthet! ¡vos aquí!—exclamó.

Pascual se aproximó al oír pronunciar su nombre. La mujer se oprimió contra el antepecho de piedra como si el contacto de aquel hombre hubiese redoblado su terror, en tanto que él, reconociéndola, la decía cogiéndola las manos:

—¿Sois Marta? no os había reconocido.

— Es que he cambiado mucho en el tiempo que no me habéis visto—dijo Marta Hardy con voz cavernosa.—He estado muy mala; lo estoy aún. Nadie creería que una mujer gruesa, como yo lo era, pudiese ser acometida de pronto de una tisis galopante. Esa enfermedad es, sin embargo, la que tengo. Lo sé bien..... por más que quieran engañarme diciéndome otra cosa.

Cambió bruscamente de tono, como queriendo olvidarse de sí misma, y preguntó con expresión de angustia:

—¿Y el niño?..... ¿Y Rambert?

—Santiaguito está bien—respondió Arthet.—Noel.....

—¿Le van á ejecutar, verdad?..... ¿No le indultarán? Pero, doctor, vos que le habéis conocido y sabéis lo bueno y lo honrado que es, ¿creéis en su culpabilidad? Yo no, yo no puedo creer que sea culpable.

Y se echó á reir nerviosamente, llevándose la mano al pecho.

—¿Es gracioso, verdad?—continuó.—¡Defenderle yo que me he portado con él como sabéis! Es que no sabía bien lo que hacía cuando escuché al otro. No siempre debe una tener toda la responsabilidad de lo que hace. Bien castigada estoy

por otra parte..... Gobergeau es un malvado que ha llegado hasta á pegarme. Nunca me amó; me deseaba tan sólo, y cuando me tuvo, cuando fui suya, cambió pronto la escena.

Me engañaba, me pegaba, volvía á casa borracho. ¡Canalla! Yo hubiera debido escaparme..... pero no me atrevía. Además, pensaba: «Te está bien empleado; tienes lo que mereces. Haces sufrir á quien has amado..... á quien amas aún..... á quien respetas: pues sufre á tu vez, recibe tu merecido.» Y me quedaba para expiar mis faltas. ¡Pero al fin! ¡oh, al fin ha sido ya demasiado! Caí enferma, y entonces el miserable me abandonó. He tenido que empeñar todas mis ropas para comprar jarabes y tisanas, y he reflexionado tanto..... tanto..... que en cuanto he podido andar he tomado el camino del río y.....

—¿Pensabais arrojarnos á él?

—Sí, y lo pienso..... ¿Qué hago yo en el mundo?..... A Rambert le van á matar.....

—¿Y vuestro hijo?

—¡Es verdad, tengo á Santiago! ¡Pero yo soy una madre infame que abandona á un hijo por un amante!

Había en su voz, interrumpida por los sollozos, y en su actitud, una expresión de dolor tan pun-

zante, tan verdadero, tan lleno de sangrientos remordimientos, que Pascual se sintió conmovido y casi olvidó al hombre que iba á morir, para consolar á aquella mujer que buscaba el suicidio.

¡Ah! Señor Arthet, señor Arthet — continuó Marta con cada palabra cortada por un sollozo— si yo no hubiese escuchado á ese Gobergeau, si no hubiera sido una miserable..... no estaría Noel donde está. ¡Yo, yo soy quien le he matado!

Arthet trató de calmar á aquella infeliz. La dijo que acaso conmutasen la pena de Rambert. Que tal vez no le ejecutasen. Que acaso volviese á verle.

—¿Volverle á ver?—dijo ella, sacudida de pies á cabeza por una impresión de esperanza y miedo á la vez.

El doctor la rogó que volviese á su casa, que no pensase en morir. La preguntó si necesitaba algún dinero y deslizó en su mano algunas monedas. La hizo prometerle que no trataría de suicidarse, que tendría paciencia. La dijo que también Santiaguito quería ver á su mamá.....

—¿Á su mamá? ¿luego habla de mí?—dijo en un impulso que la sorprendió á ella misma, porque había en el fondo de su pregunta un rayo de esperanza.

—Algunas veces—respondió Arthet.

—Noel le habrá enseñado á odiarme.

—Noel no le ha enseñado más que á ser bueno.

—Después de todo, si el niño me desprecia ó reniega de mí, bien merecido lo tengo. ¡Ah! ¡qué estúpida y qué loca he sido!..... Pues bien; sí, señor Arthet, esperaré, no trataré de suicidarme, haré durar mis penas todo lo posible. ¡Me era tan agradable y tan fácil acabar! Sólo una cosa me daba miedo: ¡la Morgue! Moriré acaso en el hospital, que no es tampoco muy agradable. Pero todo lo que me sucede lo tengo bien merecido..... ¿Cuándo me permitiréis ver al niño?

—Pronto os escribiré—respondió Arthet.

Obligó á Marta á subir en un coche, dió las señas al cochero, y volvió á su casa, solo, á pie, pensando en Noel, en el pasado, en las horas de esperanza y en las de prisión, y diciéndose:

—¡Esta mujer tampoco le cree culpable!

Había abrigado la esperanza de que entregarían á Noel el libro de Silvio Pellico, pero se lo habían devuelto el día anterior, diciéndole esta sola palabra: «Imposible.»

—Mejor era el veneno que el espectáculo que preparan allí—pensaba Arthet.

Entró en su casa.

—¿Cómo está el niño?—preguntó al criado.

—Está bien, señor. Se durmió temprano.

—¿No ha tenido fiebre?

—Creo que no.

Efectivamente, Santiaguito dormía tranquilo.

Arthet tocó sus manecitas y dijo:

—Sí, tiene un poco de fiebre.

La habitación del doctor estaba próxima á la alcoba en que dormía el niño. Pascual entró en ella y se puso á leer, á soñar. Pasaban las horas. Dió el reloj las once, luego las doce. Pero al sonar éstas, Pascual se estremeció. Acababa de oír un grito desgarrador.

Arthet se precipitó en la alcoba del niño y le llamó repetidas veces.

De pronto retrocedió casi asustado. Santiaguito estaba fuera del lecho, medio desnudo, con los cabellos en desorden, lívido, con los ojos extraviados y castañeteando los dientes. Con gesto aterrorizado parecía señalar en la sombra algo que Pascual no percibía; luego doblaba los brazos sobre el pecho y parecía quererse ocultar aterrorizado en cualquier rincón.

—¿Qué tienes, Santiaguito?—le preguntó el doctor.

El niño no respondió y continuó temblando.

Tenía los ojos como clavados en el mismo sitio, en el ángulo del cuarto en que Pascual no veía nada, y espantosamente pálido, con el cuerpo sacudido por un terrible escalofrío, extendía sus bracitos hacia aquel objeto invisible, en tanto que de su garganta se escapaban sollozos estertorosos.

Arthet le cogió en brazos, costándole un esfuerzo levantar al niño del suelo. Santiaguito se resistía, y aquel débil cuerpo parecía animado por una fuerza desconocida. El doctor le metió de nuevo en la cama y le cubrió.

El niño era presa de una neurosis terrible, de una especie de catalepsia particular, de un acceso de una de esas enfermedades misteriosas, de esas afecciones casi fantásticas que desconciertan á los sabios y asustan á los ignorantes.

Arthet tuvo miedo. Conocía la excesiva sensibilidad del niño y temía que el ataque durase mucho. La catalepsia es un relámpago ó una afección persistente. En Margarita Valette duró ocho años.

Afortunadamente el ataque de Santiaguito duró poco, una media hora, y se terminó por una crisis de lágrimas.

Cuando se hubo calmado, le preguntó el doctor:

—¿Qué es lo que te ha producido miedo?

—¿Que he visto que van á hacer mal á papá!.....

¡Sí!..... ¡Allá abajo están montando una máquina de madera!..... ¡oigo los martillazos!..... ¡Le van á matar!.....

—¡Á matar!—dijo Arthet, que sintió á su vez un sudor frío.

—Sí..... mirad, mirad el cuchillo.....

La especie de visión, experimentada durante el sueño cataléptico, reaparecía sin duda á los ojos del niño, porque se extraviaba de nuevo su mirada y volvía á señalar al mismo sitio.

—¡Y á él! ¡á mi papá!..... ¡también le veo!..... ¡Parece que duerme!..... ¡Y los otros continúan montando aquella máquina!..... ¡Ah!..... ¡lo veo bien!..... ¡lo veo todo!..... ¡Papá, papá mío!.....

—Santiago—dijo Arthet helado de emoción;— Santiaguito, ¿has visto tú alguna vez el cadalso?

—¡No!.....; ¡pero ahora lo veo!..... ¡lo veo!.....

—Lo habrás visto en alguna estampa por lo menos; sí que lo habrás visto.

—¡Nunca!

—¡Esto es horrible!—murmuró el doctor.

El pobre niño, en pie encima de la cama, con las piernas agitadas por un temblor convulsivo, el brazo extendido, los ojos extraviados y la boca seca, continuaba lanzando gritos entrecortados por gemidos.

—Señor Arthet..... señor Arthet..... ¿No le matarán, verdad?..... ¿Por qué habían de matarle? ¿Qué mal ha hecho mi papá?..... ¿Hacer él daño á nadie?..... ¡Le veo allí!..... ¡Sí, sí le veo!.....

Y con gesto rígido enviaba besos á un ser invisible: á Rambert, acostado, dormido en la cárcel.

—¡Sí le veo!..... ¡Ahora se despierta y se levanta!..... ¡Oye el ruido que hacen fuera!..... ¡Hay allí tanta gente!..... ¿Estará enfermo?..... ¡Le veo tan triste!..... Señor Arthet, señor Arthet.

—¿Qué? ¿qué me quieres, Santiaguito?

—Señor Arthet, esa carta..... ¿Qué habéis hecho de esa carta?—dijo el niño con tono breve é imperativo.

—¿Qué carta?

—La que ha traído un señor cura. La que tiene un sello negro.

Arthet sintió escalofríos.

—¿Cómo sabes tú?.....

—Sí, sí, la he visto cuando la habéis guardado en el cajón. La he visto, y.....

—¿Y qué?.....—preguntó Arthet al ver que el niño se detenía bruscamente.

—Y la veo aún..... la veo, señor Arther; y en lo que en ella está escrito se halla la prueba de que mi papá no ha hecho daño á nadie..... á nadie....

á nadie—repetía el niño con voz metálica, en tanto que Pascual, mudo de espanto, miraba al fondo de los extraviados ojos del niño, tratando de averiguar en ellos qué poderío fantástico animaba las palabras de Santiaguito.

El hombre de ciencia se encontraba ante un caso de adivinación singular, de magnetismo y de doble vista sorprendente. El amigo de Rambert, más turbado aún que el hombre científico, se preparaba á algo trágico é imprevisto, al encontrar sus propias dudas en el vacilante cerebro de un niño, y sus propios pensamientos expresados sin balbucear y con una claridad extraña por aquellos pequeños labios.

¡La carta! ¡la carta llevada por el sacerdote! ¡la que él había jurado no abrir! ¡Y Santiaguito hablaba de aquella carta como si la hubiera leído, él que no sabía leer, y adivinaba lo que contenía, una explicación del crimen de Noel. ¿Quién sabía? Una prueba de inocencia tal vez.

Pascual Arthet se preguntaba con espanto si las vigiliias y trabajos de los días pasados habrían trastornado su cerebro, si estaría alucinado. ¿Habría entendido bien? ¿Habría hablado realmente el niño de aquella carta?

—¡Señor Arthet..... señor Arthet!—repitió la

voz breve de Santiaguito—¡dadme la carta..... la quiero..... id á buscarla..... la carta..... la carta!

—¡Ah! ¡aquella vez era verdad! ¡Arthet había entendido bien! Aquel pequeño ser, débil y medio desnudo, ordenaba, mandaba con imperio. El médico se precipitó en su habitación, abrió el cajón con movimiento febril y sacó la carta, que parecía quemarle los dedos.

El amarillento rostro del niño se iluminó con una expresión de alegría al percibir aquel sobre, que veía á la vez con doble vista, la especie de visión interna del sujeto magnetizado y la visión natural del ser despierto.

La mano de Arthet, que sujetaba la carta, temblaba.

—¿Qué dice, qué dice ahí?—preguntó Santiaguito, señalando con sus delgados dedos la dirección del sobre escrito por su padre.

—*Al señor Pascual Arthet*—leyó el doctor—*para entregar á Santiaguito cuando cumpla veinte años.*

—¿Para mí? ¿conque es para mí?—dijo el niño con agitación febril.—¡Es preciso leerla..... es preciso!..... ¡Abrid, abrid la carta y leédmela toda!

—¿Abrir la carta?

—Sí.

—*¡Cuando cumpla veinte años!*—repitió el doctor.

—¡No!..... ¡no!..... ¡en seguida!..... ¡es preciso leerla en seguida!..... ¡Necesito saber inmediatamente lo que dice!..... ¡y sin embargo, lo sé..... lo sé ya perfectamente! ¡Dice que papá es bueno..... que no deben hacerle daño!..... ¡Leed, leed por Dios, señor Arthet!

¿Leer? ¿romper aquel sobre? ¿desobedecer la última voluntad de Rambert? Arthet había jurado no hacerlo. Aquel hombre de honor intachable había prometido no abrir aquella carta hasta la época fijada por Noel: hasta que el niño tuviera veinte años.

¿Cómo faltar á su juramento porque lo exigiese un niño enfermo, sacudido por una crisis nerviosa?

—¡Señor Arthet! ¡Señor Arthet!—repetía Santiaguito, presa de terribles convulsiones.—¡Que continúan trabajando!..... ¡Que hacen subir y bajar la cuchilla para ver si funciona bien!..... ¡Van á matar á papá! ¡Le matan, le matan!..... ¡Leed, leed, por Dios, lo que papá me dice!..... ¡Lo quiero!..... ¡Lo exijo!..... ¡Sé lo que dice..... lo sé..... parece que papá me lo ha dicho!..... ¡Pero quiero verlo!..... ¡quiero leerlo!

Y de pronto, entre terribles sollozos, deteniéndose y pasándose las manos por la cabeza,

—¿Leer? ¡Pero si tú no sabes, Santiaguito!—decía hablándose á sí mismo. — ¡Es el señor Arthet el que sabe!..... Pero el señor Arthet leerá..... ¿Verdad, señor Arthet, que vais á leer?

Arthet temblaba. La extraña crisis del niño le ponía en confusión. Cierto era que había jurado no abrir aquella carta, no romper aquel sello de lacre. Pero ¿y si allí se encerraba la salvación de Noel? ¿Y si aquel papel contenía el secreto que ahogaba á Rambert, y aquel secreto era la salvación del condenado?

¿Faltar á su palabra? ¿quebrantar su juramento?

Era la primera vez que Pascual Arthet dudaba. Él hubiera dado su vida por la fe jurada. Pero ¿era acaso de su vida de lo que se trataba? Entre su juramento y él había un hombre, un hombre á quien iban á matar, y para el cual se preparaba el cadalso, aquel cadalso que percibía la visión de Santiago.

—Leed, leed, señor Arthet.

La voz del niño se iba haciendo impaciente, cólerica, desesperada y dolorosa á la vez.

Pasaba el tiempo..... avanzaba la noche..... era

ya la una de la mañana..... le iban á ejecutar..... iban á matar á Rambert.

—Leed, leed—continuaba el niño.

La carta temblaba en la mano de Arthet, y el médico creía oír la voz del sacerdote reclamándole solemnemente su palabra de honor.

¡Ah! ¡el honor! ¿Era, pues, preciso para permanecer fiel á un juramento así prestado, dejar cortar la cabeza á un hombre, falsamente acusado acaso?

¿Y si el niño había adivinado la verdad?

—Tú nunca has quebrantado un juramento, Arthet—decía al doctor una especie de voz interior;—pero hay á veces un deber más poderoso que el deber de la fe jurada, y es el sacrificio de su propia conciencia, el menosprecio de la propia dignidad por la salvación de otro.

Y la mano febril de Arthet estrujaba el sobre en que Noel había escrito aquella orden: *¡Cuando cumpla veinte años!*

De pronto el niño, con un movimiento rápido, apoyándose con la mano izquierda en el borde de la cama, y extendiendo bruscamente el brazo derecho hacia el papel que Arthet tenía en la mano, cogió con nerviosos dedos la carta, se la arrancó al doctor, y desgarrando rápidamente el sobre y

entregando el contenido á Arthet, cuya frente se cubría de sudor,

—Leed, leed—repitió con voz grave.

Había en aquel frágil cuerpo de niño nervioso una especie de voluntad sobrehumana, una fuerza inesperada, algo de inexplicable.

Pascual Arthet tiritaba al leer la carta; pero su vista recorría rápidamente el escrito.

De pronto el médico dió un grito, un grito salido del fondo de su pecho, y como un loco se arrojó sobre Santiaguito, abrazándole y diciéndole:

—¿Qué es lo que te decía que era preciso abrir este sobre?

Una larga sonrisa esclareció el pálido rostro del niño.

—¿Que quién me lo decía?

Y tocó su frente, su cabeza febril.

—¡Esto!—dijo.

Luego bruscamente y con un nuevo impulso lleno de angustia exclamó:

—¡Y bien! ¿no es cierto? ¡Papá les dice que no le maten!..... ¿No le matarán, verdad? Decídmelo, señor Arthet. ¡No matarán á mi papá! ¡No le matarán!

—¡No, por mi vida que no!—dijo Arthet.

Miró el reloj.

Eran las dos.

Faltaban sólo cuatro horas para que ejecutasen á Rambert; pero en cuatro horas había tiempo de remover el mundo.

—Hasta pronto, Santiaguito—dijo el doctor.

Abrazó de nuevo al niño y tiró fuertemente del cordón de una campanilla que sonaba en la alcoba del criado.

Santiaguito, más tranquilo ya, le miraba y sonreía.

En tanto que el criado se vestía, Pascual volvió á leer la carta de Rambert.

Carta sencilla, conmovedora, de un amante del martirio, de un padre que se inmolvaba por su hijo:

«Santiaguito, hijo mío—decía—cuando tú leas lo que ahora te escribo, hará mucho tiempo que estoy enterrado en Clamart, en un cercado en que no se pone lápida á los que allí duermen el sueño eterno. En el cementerio de los ajusticiados, de los olvidados de todos. He sido juzgado. Me han cogido al lado de un hombre asesinado por otro y me han tenido por culpable.

»Al principio he tratado de defenderme. ¿Quién no disputa su cabeza al verdugo y su honor á la

acusación, siendo inocente? Pero poco á poco se han ido acumulando pruebas en contra mía, y me he visto perdido, enteramente perdido. No había una circunstancia que no se volviese contra mí. ¿Cómo hacer creer á nadie que había sido enviado al lugar del crimen por una mujer cuyo apellido no sé aún? *Clara*, se llama Clara. Pero ¿Clara qué? ¿Es esto creíble?

»Entonces me he desesperado. Me he sentido tan abatido como si estuviera en la agonía. En efecto, mi suerte era morir en todo caso. He interrogado á los médicos y han tenido la caridad de querer engañarme; pero yo he comprendido bien que mi fin está próximo. Por otra parte, el doctor Arthet me lo ha dicho claramente, como dice todas las cosas. Y he aquí que al mismo tiempo que me notificaba el médico esta sentencia, tan dura como la de la justicia, venía á mí un hombre, un hombre cuyo apellido no citaré aquí porque le he vendido mi vida. Era el que había asesinado á aquél cuya muerte me imputaban. No sé por qué causa, probablemente por temor de verse delatado por no sé quién, necesitaba aquel hombre que la justicia encontrase un culpable. Aquel hombre me ha ofrecido, ¿lo creerás, querido Santiago? me ha ofrecido comprarme mi confesión. La confesión de

un crimen que no había cometido. Verdaderamente que tal proposición era una locura. ¿Qué hombre honrado puede consentir en pasar por un asesino?

»¿Te parece que eso es imposible? Pues bien, no lo es. Enfermo, moribundo, no teniendo en este mundo mas que á tí, y siendo tú pobre, no he querido que mi vida de miseria fuese la tuya. He vendido mi vida como la venden otros á las compañías de seguros y tratan luego de morir en un accidente de un camino de hierro ó de otro modo que no permite averiguar la verdad, que es el *suicidio*. Mi suicidio es el patíbulo, y al par que me suicido, suicido también mi honra. Pero ¿acaso tienen honra los pobres? Dentro de veinte años tú serás rico. Lo único que temblaba era dejarte el apellido de un ajusticiado; pero no le llevarás. Tendrás uno glorioso, venerado, libre de toda mancha: el de Arthet. Ni siquiera te acordarás de que tu padre se llamaba Noel Rambert. Acaso no te hayan contado siquiera mi historia. Yo he querido referírtela por mí mismo. Si Arthet vive, te explicará que ciertos seres experimentan la locura del cariño, así como otros sienten la de la religión ó la milicia. Si Arthet ha muerto y te ha dejado esta carta para que la leas cuando tengas veinte

años, busca en los periódicos del actual el proceso del acusado del crimen de Beaujon, del condenado Noel Rambert, y cree que mis jueces han creído cumplir con su deber, puesto que yo he confesado; pero cree también que he mentido. ¡He mentido por tí; he mentido para hacerte rico, para hacerte dichoso á tí que estabas destinado á soportar en este miserable mundo la pobreza y la desgracia, si no yo no me hubiese vendido, vendido á él, dado á tí, hijo mío.

»Y ahora te abrazo desde este sitio, en que te escribo con lápiz, como puedo y como sé. Apoyo mis labios aquí, en estas letras, y deseo que cuando pongas en ellas los tuyos, sientas el mismo calofrío de amor que en este instante recorre mi cuerpo como si besase tu hermosa frente y tus dulces párpados; como si pasease mis dedos por tus sedosos cabellos, ¡querido de mi alma!

»Adiós; ama mi recuerdo, Santiago. Trata de recordar este rostro pálido que tanto amabas ayer y que es el de tu padre. Venera al doctor Arther si vive; honra su memoria si ha muerto. Al decir que he asesinado, sólo he tenido un dolor, pero un dolor atroz: el de soportar la duda y acaso el desprecio de tal hombre.

»Te abrazo de nuevo. Pensaré en tí hasta el úl-

timo instante. ¡Adiós, hijo mío, Santiago querido, mi dicha y mi consuelo! Aun me parece que te oigo llamarme *papá*. Luego te veo grande, hermoso y feliz. Tenía algunos meses de vida y te los regalo. ¡Muero contento!—*Noel Rambert.*»

Pascual Arther, lívido y con los labios convulsos, acababa de leer por segunda vez aquella carta, cuando entró el criado.

—Cuidad de Santiaguito hasta que yo vuelva—dijo el doctor.

Y luego, volviéndose al niño,

—Cuando regrese, Noel Rambert estará salvado—le dijo.

—¡Ah! ¡ya lo sabía! ¡ya lo sabía!—gritó el angelito.—¡Cómo habían de matar así á mi papá!... ¡Mi papá!...

Y recostó la cabeza en la almohada, repitiendo dulcemente hasta que se durmió:

—¡Mi papá!...

El doctor volvió á su cuarto, y deslizando en su bolsillo la carta de Rambert, buscó el otro papel, el que le había entregado Daniel Mortal, diciendo en voz alta:

—¡Es preciso que se sepa todo, que la justicia lo conozca todo!